

FE Y RAZÓN, LAS DOS ALAS CON QUE EL ESPÍRITU HUMANO SE ELEVA HACIA LA CONTEMPLACIÓN DE LA VERDAD

FAITH AND REASON, THE TWO WINGS FOR RAISING
THE HUMAN SPIRIT TOWARDS CONTEMPLATION OF THE TRUTH

Manuel Ureña^a

El día 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, de 1998, año decimoctavo del penúltimo pontificado, Su Santidad el Papa San Juan Pablo II firmaba en Roma, junto a San Pedro, su decimotercera carta encíclica *Fides et Ratio*.

Desde entonces hasta ahora han transcurrido ya veinte años, un lapso considerable de tiempo. No obstante, la significación y el alcance de *Fides et Ratio* son tan grandes que dicho texto pontificio sigue permaneciendo en vigor no solo en su contenido, lo que es obvio, sino también en su idoneidad para ser un instrumento de gran valor para el diálogo con la cultura actual, cuyos signos fundamentales no han cambiado respecto de los vigentes en las dos últimas décadas del siglo pasado, antes al contrario, pese a los esfuerzos realizados para superarlos, todo hace ver que se han radicalizado y han como tomado carta de naturaleza.

Por eso, quiero dar las gracias a las autoridades de nuestra buena revista de filosofía y teología *Fides et Ratio* por su acertado empeño en dedicar un número a la memoria de *Fides et Ratio*. Así mismo, pido que me permitáis os agradezca la tan bella como no merecida invitación que me habéis hecho a

^a Arzobispo emérito de Zaragoza.



escribir unas líneas a modo de introducción, más pastoral que académica, al volumen que nos ocupa.

La pregunta metafísica o pregunta por el fundamento no puede ser en modo alguno preterida, pues emerge de lo más profundo del ser humano, un ser asediado, como decía Kant, por cuestiones de índole tal que no puede este soslayar, pues están íntimamente conexas con su naturaleza. Tanto es así que el hombre sería inauténtico consigo mismo si no se las formulara explícitamente y tratara de responderlas, lo que, dicho sea de paso, Kant afirmaba ser imposible. Estas preguntas, que se ofrecen en todas las latitudes del planeta, marcadas cada una de ellas por culturas diferentes, son universales. Tales preguntas son de esta índole: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida temporal? Dichas preguntas, que son universales, las encontramos en los escritos sagrados de Israel y aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y de Lao-Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; así mismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y de Sófocles, al igual que en los tratados filosóficos de Platón y de Aristóteles. Son preguntas que, como dice *Fides et Ratio*, tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre padece el corazón del hombre (cf. FR 1).

Mucho puede hacer el hombre para responder a estas preguntas en cuya respuesta le va a él el ser, su propio ser, pues el hombre, a diferencia del resto de los seres del mundo visible, es un ser dotado de razón, y de una razón no absoluta, pero sí poderosa, capaz del ejercicio de la metafísica.

Ahora bien, para que la razón humana, cuya autonomía no es absoluta, pueda responder satisfactoriamente a las cuestiones antes enunciadas, es preciso que ella sea ayudada por la revelación positiva de Dios, la cual no ha venido por discursos de la humana sabiduría ni por experiencia religiosa alguna de la humanidad, sino a través de la palabra divina dirigida positivamente a los hombres, quienes la hicieron y siguen haciendo suya por su escucha atenta y por el asentimiento obediente de la fe a ella.

Fides et Ratio, ‘fe y razón’, son así, en expresión de la Carta-Encíclica, como las dos alas con que el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la



verdad y, en definitiva, de conocerle a él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo.

Dando un paso hacia adelante, el mentado equilibrio entre fe y razón, y la complementariedad recíproca entre una y otra arrancan de la Sagrada Escritura y, pasando por san Agustín y por san Anselmo de Canterbury, llegan a su cima más alta en el siglo XIII con santo Tomás de Aquino. Sin embargo, por la influencia sobre todo del nominalismo, el referido equilibrio y la antedicha complementariedad se irán paulatinamente perdiendo a partir del Bajo Medievo. Una brecha se abre de pronto entre la fe y la razón. Y esta brecha, que es todavía pequeña en los siglos XIV y XV, se tornará sima profunda a lo largo de la modernidad.

¿En qué consiste esta sima? No en otra cosa sino en el orgullo o soberbia (*ybris*) de la razón filosófica, la cual, particularmente en Hegel, se autoconciencia como absoluta, como pleno testigo del acontecer del espíritu, e intenta arrinconar a la fe, dejar a esta en la condición de mera antítesis en el proceso dialéctico conducente al evento del espíritu absoluto.

Huelga decir que los desastres causados en la modernidad por esta *forma mentis* son hartamente conocidos. Y testigos de esto son los metarrelatos que la razón moderna aflora, no pocos de los cuales resultaron perniciosos para la causa humana y para la causa de la propia naturaleza.

La Iglesia salió al paso de la pretensión prometeica de la razón moderna por medio del Concilio Vaticano I, el cual señala en la constitución dogmática *Dei Filius* sobre la fe católica los límites constitutivos de la razón humana (cf. Denzinger-Hünemann, 3004 y ss.).

Hoy la situación ha llegado a ser hartamente distinta, pues, desde la muerte de Hegel en 1831 hasta nuestros días, el espíritu del tiempo ha llegado a ser muy diverso. La razón omnipotente y hegemónica de la ilustración ha venido entrando en crisis merced a cambios profundos registrados en la conciencia del hombre contemporáneo. Los maestros de la sospecha en el siglo XIX, entre los que descuellan Nietzsche, Freud y Kierkegaard, el fracaso de la ciencia positiva, las dos guerras mundiales del siglo XX, la teoría crítica elaborada por la Escuela de Frankfurt en sus tres generaciones, el nihilismo existencialista del periodo de entreguerras y la posmodernidad emergente sobrevenida tras el fracaso de los grandes metarrelatos de la modernidad han hecho que Prome-



teo salga de la escena y que aparezca en esta Sísifo. Dicho de otro modo, la razón orgullosa y soberbia de la modernidad, denunciada fuertemente por el Concilio Vaticano I, se ha desplomado sin remedio y se ofrece como Hécuba, la esposa del derrotado Príamo, tendida en el suelo y, por así decir, chapoteando en su sangre.

Esto supuesto, si el Concilio Vaticano I sale al paso de las pretensiones infundadas de la razón ilustrada, la carta encíclica *Fides et Ratio* vive un panorama distinto, pues tiene ante sí una razón quebrada, débil, muerta. Y este panorama, que es totalmente distinto al del paradigma ilustrado, no es, sin embargo, mejor que aquel. No pensemos que la fe tiene más posibilidades de crecer cuando se sitúa ante una razón débil que cuando se ve emplazada ante una razón fuerte. Como dice san Juan Pablo II,

la fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o a superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser (FR 48).

Así las cosas, contrariamente a las tesis mantenidas por la ilustración y por la posmodernidad, cardinalmente opuestas, fe y razón se ayudan mutuamente ejerciendo de forma recíproca una función tanto de examen crítico y purificador como de estímulo para progresar en la búsqueda y en la profundización (cf. FR 100).

Pidamos al Padre que el Espíritu Santo nos asista, renueve los corazones e ilumine la mente de los hombres de nuestro tiempo para que la razón hundida se levante del barro en donde yace postrada y pueda dejarse interpelar por la palabra de Dios, que es la sede de la verdad plena.

Quedo en comunión de oraciones con nuestro padre y pastor, el Emmo. y Rvdmo. Sr. Antonio, cardenal de la Santa Iglesia Romana, y Cañizares Llovera, arzobispo metropolitano de Valencia de los Edetanos.

